

DE ARTE

HÄENDEL

N o obstante ir este nombre rodeado de una aureola de gloria, para gran parte del público, si exceptuamos a los musicógrafos, verdaderos aficionados y algunos músicos que les gusta conocer todos los secretos y producciones del arte, Häendel es poco menos que un desconocido en nuestra patria. Hace algún tiempo el insigne maestro Bretón nos decía desde la cátedra del Ateneo de Madrid, refiriéndose a algunas composiciones clásicas: «¿Qué sabemos aquí de las misas y oratorios de Bach, Häendel, Devorak y otros?»

Efectivamente, se ha oído muy poco de estos célebres maestros, y sus nombres no son tan populares como los de Beethoven, Mendels-shon o Mozart.

Jorge Federico Häendel nació en Halle (Prusia) el 24 de Febrero de 1684; a la edad de 7 años comenzó sus estudios musicales bajo la dirección de Zudran, célebre organista, y los terminó antes de haber cumplido los catorce años. En 1703 escribió su primera ópera llamada *Almira*, estando en Hamburgo, donde se había trasladado. Ni sus estudios, ni sus numerosas lecciones que daba le impidieron escribir *Florinda Dafne* y muchas cantatas y piezas para el clavicordio. Al poco tiempo partió para Italia, y en 1708 estrenó su primera ópera italiana Rodrigo, poco después en Venecia *Agripina* e hizo oír en Roma su serenata «El triunfo del tiempo». Volvió a Nápoles y compuso una pastoral «Galatea y Polifemo», dedicada, según cuentan los cronistas de aquella época, a una princesa española. Su nombre adquirió gran fama en Italia, tanto, que fué nombrado Maestro de Capilla para reemplazar al gran Steffani; pero su espíritu, deseoso de gloria, hizo que dejase esta plaza, y pasó a Londres, donde fijó su residencia. Allí, en quince

días, cuentan que escribió *Reinaldo*, que durante medio siglo fué la ópera favorita de los ingleses; y tal fama le dió esta ópera, que se construyó por entonces en esta población un gran teatro para esta clase de espectáculos, siendo nombrado Händel director de éste, así como de la Academia Real de Música.

Los cantantes franceses habían hecho ya conocer el drama lírico a los ingleses; pero Händel quiso que esta clase de espectáculos se elevara sobre los tímidos ensayos de Sulli y sus émulos, y para conseguirlo trajo de Italia a los artistas más competentes para ejecutar sus composiciones; de este modo logró elevar el arte del teatro a gran altura, siguiendo así por espacio de algunos años; pero la discordia no respeta ni aun el templo de la armonía; vivas discusiones se levantaron entre los músicos célebres y los nobles que sostenían el teatro. Händel quedó vencedor en el campo de batalla; pero esta victoria le costó bien cara. Sus adversarios llamaron a Pórpora, que vino de Italia con una compañía completa de ópera, figurando a la cabeza de esta tropa de cantantes su ilustre discípulo Farinelli.

El espíritu de rivalidad y de venganza hizo orillar todas las dificultades que presentaba la creación de otro teatro lírico en una población donde no abundaban los *dilettanti*, y bien pronto se entabló la lucha entre ambos teatros, en la cual vióse Händel muchas veces en el dintel de la ruina.

Después de una lucha de cuatro años, su genio triunfó, y los admirables oratorios que compuso llevaron a su partido a los que se habían ligado contra él. Händel perdió la vista en 1751; desde entonces dictaba sus composiciones a Smith, su amigo.

El oratorio «Jephté» fué la última obra que escribió. Murió Händel el 13 de Abril de 1759.

Cuentan sus biógrafos que tenía una figura noble y llena de fuego; al morir dejó a sus parientes 20.000 libras esterlinas y 1.000 al Instituto de Socorro de Londres; fué enterrado en la Abadía de Westminster. Después de haber así perpetuado la memoria de su músico adoptivo, los ingleses celebraron en 1784 un jubileo solemne de cuatro días consecutivos, durante los cuales las obras religiosas de este músico se ejecutaron en la Abadía de Westminster, delante de su tumba, por una orquesta de quinientos profesores, dirigida por el violinista Cramer. Esta pompa fúnebre fué repetida en 1785 con una orquesta aun más numerosa. Alemania quiso rivalizar con los ingleses y por aquella épo-

ca se ejecutó «El Mesías» en Berlín, bajo la dirección del maestro de capilla Hiller, con una orquesta de más de trescientos músicos.

También en Francia se ejecutaron muchos oratorios de este gran maestro por los discípulos de M. Choron. La «Fiesta de Alejandro» y «El Mesías» han producido siempre una viva sensación. Después de tantos años las obras de Händel son admiradas por los ingleses, alemanes y franceses; las demás no las conocen más que de nombre, pues aunque muchas de sus fugas andan en manos de los pianistas, sus cuarenta y cinco óperas alemanas, inglesas e italianas, sus veintiséis oratorios, sus muchos motetes, cantatas, etc., que forman quince volúmenes, sus tríos para diversos instrumentos y sus doce conciertos, son casi desconocidos de los músicos. En Madrid, como en otras capitales de España, se ha tocado muy poco de este autor, así que no nos extraña que sea poco conocido de los aficionados. Y cuando la Sociedad de Conciertos ha ejecutado alguna de este autor, siempre ha despertado en los oyentes dulce emoción de placidez y de encanto, siendo un verdadero éxito.

De desear es que estas páginas del arte clásico figurasen a menudo al lado de los compositores modernos, a fin de que no estemos tan ayunos de esta clase de música y vayamos conociendo tanto como hay escrito de este género. Una de las obras maestras de Händel es «El Mesías», que compuso inmediatamente después de la «Fiesta de Alejandro». A la admiración que inspira este sublime oratorio, este coloso de armonía, se junta la sorpresa al considerar el poco tiempo que tardó en escribirlo. La notación atestigua una prodigiosa rapidez de mano, y se encuentran anotaciones del autor que no dejan lugar a duda de la especie de esta improvisación, de este monumento de gloria. Esta obra inmensa, aunque encierra mucha inspiración, fugas, gran desenvolvimiento, varios tiempos y recitados; este trabajo prodigioso, atendiendo a su época, fué hecho en veintiún días. La mayor parte de los datos que se encuentran en los manuscritos de Händel, atestiguan que su facilidad de producir era una cualidad constante suya.

De las muchas obras que escribió en su juventud, algunas han quedado en el olvido y otras se han perdido, mientras que las que escribió en Inglaterra corrieron suerte más feliz, gracias al carácter especulativo de los ingleses, que comprendieron la gran ventaja que podían obtener con su publicación, y así fué, pues algunos editores se enriquecieron con sus obras.

A. DELGADO CASTILLA